

www.puntodelectura.com

JUSTEIN GAARDER

Maya

punto de lectura



Jostein Gaarder (Oslo, 1952) fue profesor de Filosofía en un instituto hasta que decidió comenzar a publicar las peculiares historias a través de las que divulgaba esta materia a sus alumnos. *El mundo de Sofía* y *El misterio del solitario* se convirtieron en best-sellers mundiales de forma casi inmediata, consiguiendo que muchos lectores se interesaran por un tema hasta entonces considerado árido. Entre el resto de sus obras destacan *Maya* y *La joven de las naranjas*.

JUSTEIN GAARDER

Maya

Traducción del noruego de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Título: Maya

Título original: *Maya*

© Jostein Gaarder y H. Aschehough & Co., Oslo 1999

© De la 1ª edición en lengua española, Ediciones Siruela, S.A., 2000

© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© De esta edición: marzo 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2194-5

Depósito legal: B-9.553-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Ordaks

Imagen de portada: Getty Images / The Bridgeman Art Library / Photographer's Choice

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Siri

Prólogo

Nunca olvidaré aquella húmeda y borrascosa mañana de enero de 1998 en que Frank aterrizó en Taveuni, una pequeña isla del archipiélago Fidji. Durante toda la noche había estado tronando y, antes del desayuno, los dueños del hotel Maravu Plantation tuvieron que ocuparse de la reparación de un fallo en la instalación eléctrica. Como la cámara frigorífica peligraba, me ofrecí para ir con el coche a Matei para recoger a unos nuevos huéspedes que llegarían a la línea de cambio de fecha en el vuelo de la mañana, procedente de Nadi. Angela y Jochen Kiess aceptaron agradecidos mi ayuda, y Jochen me elogió diciendo que siempre se podía contar con un británico en una situación de crisis.

Me fijé ya en el serio noruego en el momento en que subió al todoterreno en compañía de un par de norteamericanos. Tenía unos cuarenta años, era de estatura media y pelo rubio, como la mayoría de los escandinavos, pero con los ojos marrones y un semblante más bien abatido. Se presentó como Frank Andersen, y recuerdo que me tomé el tiempo de pensar que quizá pertenecía a esa rara categoría de seres humanos que durante toda su vida se sienten oprimidos en la Tierra por la brevedad de la vida y la falta de espíritu. Esta suposición no se disipó cuando aquella misma

noche me enteré de que era biólogo evolutivo. Si uno de entrada tiene cierta predisposición a la melancolía, la biología evolutiva tiene que ser una ciencia poco reconfortante.

Sentado frente a la mesa de trabajo en mi casa de Croydon, estoy mirando una postal arrugada, fechada en Barcelona, el 26 de mayo de 1992. La postal muestra una foto de la Sagrada Familia, la catedral inacabada de Gaudí, y en la parte de atrás pone:

Mi querido Frank: Llegaré a Oslo el martes, pero no iré sola. Todo va a ser diferente a partir de ahora, tienes que estar preparado. ¡No me llames! Quiero sentir tu cuerpo antes de que medien más palabras entre nosotros. ¿Te acuerdas de la bebida mágica? Pronto beberás unas gotas. A veces me entra miedo. ¿Podemos hacer algo tú y yo para aceptar que la vida sea tan breve? Tuya siempre, Vera.

Frank me enseñó de repente la postal con esas altas torres una tarde en que estábamos tomando una cerveza en el bar de Maravu. Yo le había contado que había perdido a Sheila unos años antes, y Frank permaneció sentado un buen rato, hasta que con un gesto brusco cogió la cartera del bolsillo y sacó una postal doblada que inmediatamente desdobló y puso sobre la mesa. El texto estaba escrito en español, pero el noruego lo tradujo palabra por palabra. Parecía necesitar mi ayuda para captar lo que acababa de traducir.

–¿Quién es Vera? –pregunté–. ¿Estabais casados?

Asintió con la cabeza.

–Nos conocimos en España a finales de los ochenta. Al cabo de un par de meses, ya vivíamos juntos en Oslo.

–¿Y la relación se rompió?

Negó con la cabeza pero sin embargo dijo:

–Después de diez años se volvió a Barcelona. Fue en el otoño pasado.

–Vera no es un típico nombre español –objeté–. Y tampoco catalán.

–Un pueblo de Andalucía se llama así –explicó–. Según su familia, es donde fue concebida.

Miré la postal.

–¿Y había ido a Barcelona a visitar a su familia?

De nuevo negó con la cabeza.

–Había ido a su ciudad a leer la tesis doctoral.

–¿Ah sí?

–Sobre las migraciones de la especie humana desde África. Vera es paleontóloga.

–¿Y a quién se llevó a Oslo?

Frank miró el interior del vaso.

–A Sonia –dijo sin más.

–¿Sonia?

–Nuestra hija, Sonia.

–¿Así que tenéis una hija?

Señaló la postal.

–Así fue como me enteré de que Vera estaba embarazada.

–¿De ti?

Se estremeció.

–Era mi hija, sí.

Comprendí que algo tenía que haber ido mal, e intenté adivinar qué pudo haber pasado. Pero tenía un punto de referencia más y dije:

–¿Y que hay de esa «bebida mágica» de la que ibas a saborear unas gotas? Suena muy tentador.

Vaciló. Luego sonrió con cierta timidez antes de quitarle importancia.

–Nada, es una tontería, cosas de Vera.

Llamé al camarero y le pedí otra cerveza. Frank apenas había tocado la suya.

–Cuéntame –dije.

Y Frank contó:

–Teníamos en común esa misma intransigente sed vital. ¿O acaso debo llamarlo «anhelo de eternidad»? No sé si entiendes lo que quiero decir.

Claro que lo entendía. Noté el corazón latir en el pecho y pensé que debía tranquilizarme. Levanté la palma de la mano para expresarle que no necesitaba que me explicara lo del anhelo de eternidad. Él reparó en ello. Apparentemente, no era la primera vez que Frank intentaba explicar lo que quería decir con lo de anhelo de eternidad. Añadió:

–Nunca había encontrado en una mujer esa inflexible necesidad. Vera era un persona cálida y realista. Pero también vivía metida en su mundo, o mejor dicho, en el mundo de la paleontología. Era de los que se orientan más vertical que horizontalmente.

–¿Ah sí?

–No le interesaba lo que sucede en la calle o en el espejo. Era guapa, muy guapa. Pero nunca la vi hojeando una revista femenina.

Seguía sentado, removiendo la cerveza con un dedo.

–Me contó que de joven había tenido muchas fantasías sobre una bebida mágica que le concedería la vida eterna en cuanto se hubiera bebido la mitad. Así tendría tiempo ilimitado para encontrar al hombre a quien daría la otra

mitad y podría estar segura de que un día encontraría al hombre de su vida, si no la semana siguiente, al menos en cien o en mil años.

Volví a señalar la postal.

Sonrió con resignación.

—Cuando volvió de Barcelona aquel verano del 92 declaró solemnemente que de alguna manera habíamos tomado algunas gotas de esa bebida mágica con la que soñaba de pequeña. Pensaba en el niño que iba a nacer. Algo de nosotros dos ya había comenzado a vivir su propia vida, decía. Algo que tal vez daría frutos durante miles y miles de años.

—¿La posterioridad, quieres decir?

—Sí, en eso pensaba. De hecho, todos los seres humanos de la Tierra descienden de una mujer que vivió en África hace unos cientos de miles de años.

Dio un sorbo de cerveza y, como no dijo nada más en mucho rato, intenté que arrancara de nuevo.

—Continúa, si quieres —le dije.

Me miró a los ojos. Fue como si por un instante evaluara si yo era o no un hombre de fiar. Siguió hablando:

—Cuando llegó a Oslo me aseguró que no habría vacilado en compartir conmigo la bebida mágica, si la hubiera tenido. Obviamente no me dio ninguna «bebida mágica», pero lo viví, de todos modos, como un gran momento. Consideré como algo sublime el hecho de que se atreviera a hacer una elección de la que jamás podría retractarse.

Me declaré de acuerdo con un gesto de cabeza.

—Ya no es corriente que la gente se prometa fidelidad eterna. Se está juntos en lo bueno, pero luego viene lo malo, y entonces hay muchos que simplemente se largan.

Pareció de repente algo irascible:

–Creo que recuerdo literalmente lo que dijo: «Para mí sólo hay un hombre y una tierra, y si lo siento tan intensamente es porque sólo vivo una vida».

–Qué declaración tan singular –dije–. ¿Y qué pasó luego?

Fue muy escueto. Tras vaciar el vaso de cerveza me contó que habían perdido a Sonia cuando tenía cuatro años y medio, y que desde entonces la convivencia les había resultado imposible. Era demasiado dolor bajo el mismo techo, explicó Frank. Luego se quedó contemplando el palmeral.

No se dijo nada más al respecto, a pesar de un par de discretos intentos por mi parte de retomar el hilo.

La conversación también fue interrumpida en cierto modo por un enorme sapo que saltó a la plataforma donde estábamos sentados. Sonó un «¡chop!», y el contrahecho sapo se sentó debajo de la mesa, entre nuestras piernas.

–Un tamazul –explicó el noruego.

–¿Tamazul?

–O *Bufo marinus*. Fueron importados de Hawai hace poco tiempo, en 1936, con el fin de combatir la gran cantidad de insectos en las plantaciones de caña de azúcar y se encuentran muy a gusto aquí.

Señaló el palmeral, donde descubrimos otros cuatro o cinco ejemplares. Unos minutos más tarde pude contar hasta diez o doce sapos en la hierba húmeda. Yo llevaba ya muchos días en la isla, pero jamás había visto tantos sapos juntos. Tuve la sensación de que era Frank quien los atraía, y no pasó mucho tiempo hasta que pude contar

más de veinte ejemplares. Sentí una especie de aversión al ver tantos sapos juntos.

Encendí un cigarrillo.

–Sigo pensando en esa bebida que mencionaste –dije–. No todo el mundo se habría atrevido a probarla. Creo que la mayoría no la habría probado.

Puse el mechero en la mesa, lo señalé y susurré:

–Esto es un mechero mágico. Si lo enciendes ahora, vivirás eternamente en la Tierra.

Me miró fijamente sin sonreír. Fue como si sus pupilas se iluminaran.

–Pero tienes que pensártelo mucho –precisé–, porque sólo tendrás una oportunidad, y nunca podrás revocar la decisión que tomes.

–No importa –dijo con altivez, y dudé respecto a la elección que hiciera.

–¿Quieres vivir hasta la edad normal del ser humano? –pregunté solemnemente–. ¿O quieres quedarte en la Tierra por los siglos de los siglos?

Frank levantó el mechero lenta pero resueltamente, y lo encendió.

Me impresionó. Llevaba casi una semana en la isla y ya no me sentía tan solo.

–No somos muchos –comenté.

Por fin sonrió, una amplia sonrisa. Creo que nuestro encuentro le había sorprendido tanto como a mí.

–No, al parecer no somos tantos –admitió.

Se incorporó y me tendió la mano por encima del vaso de cerveza.

Fue como si nos hubiéramos confiado el uno al otro que pertenecíamos al mismo orden selecto. Ni a Frank ni

a mí nos daba miedo la idea de vivir eternamente. Lo que nos aterraba era lo contrario.

Faltaba poco para la cena, e insinué que celebráramos la fraternización con una copa. Cuando sugerí pedir una ginebra sola, mostró su conformidad.

Los sapos continuaron multiplicándose en el palmeral, y volví a sentir asco. Confesé a Frank que aún no me había acostumbrado a los gecos en el dormitorio.

Llegaron las copas de ginebra, y mientras el personal empezaba a preparar las mesas para la cena nosotros seguíamos sentados, brindando por los ángeles del cielo. También brindamos por ese pequeño grupo de gente que no era capaz de reprimir su envidia de los ángeles por vivir eternamente. Al final, Frank señaló los sapos del palmeral. Opinó que por educación también deberíamos brindar por ellos.

—Al fin y al cabo son nuestros hermanos de sangre —señaló—. Estamos más emparentados con ellos que con los ángeles del cielo.

Así era Frank. Un auténtico titán, pero además tenía los pies en el suelo. El día anterior me había confesado que no se había sentido nada a gusto montado en esa avioneta que le había traído de Nadi a Matei. Las condiciones del viento habían sido extremas, dijo, y además le había disgustado descubrir que el avión no llevaba copiloto.

Mientras apurábamos las copas, el noruego me contó que a finales de abril participaría en un congreso en la vieja ciudad universitaria de Salamanca, y que el día anterior se había enterado, por una llamada telefónica a la secretaría del congreso, de que también Vera estaba inscrita en el

mismo. Pero no sabía si ella estaba al tanto de que se encontrarían en Salamanca.

—¿Pero tú lo esperas? —pregunté—. ¿Esperas poder ver a Vera en abril?

No contestó a mi pregunta. Tampoco pude observar si movió la cabeza para asentir.

Esa noche, todas las mesas del restaurante de Maravu se juntaron formando una larga y única mesa. Era una idea que había partido de mí, pues muchos de los huéspedes eran personas solas. Cuando entraron Ana y José, eché un último vistazo a la postal con las ocho torres, antes de devolvérsela a Frank.

—¡Te la puedes guardar! —exclamó—, pues recuerdo cada palabra.

No me pasó inadvertido el tono amargo de su voz e intenté hacerle cambiar de parecer. Pero no se dejó convencer. Sonó como si hubiera tomado una decisión importante cuando dijo:

—Si yo me la guardo, en algún momento podría llegar a romperla en pedazos, así que será mejor que tú me la guardes. Y quién sabe, tal vez volvamos a vernos en algún lugar.

A pesar de eso decidí que se la devolvería el día en que se marchara. Pero la mañana en la que Frank se marchó sucedieron muchas cosas.

El que volviera a ver al noruego casi un año más tarde fue una de esas extrañas casualidades que condimentan la existencia y crean la esperanza de que, a pesar de todo, existen fuerzas ocultas que conducen nuestras vidas

lateralmente y de vez en cuando nos tiran una pizca de los hilos del destino.

Las casualidades han querido que ya no sólo tenga ante mis ojos una vieja postal. Desde hoy también cuento con una larga carta que Frank escribió a Vera después de su encuentro con ella en abril. Considero una victoria personal el que este escrupuloso documento esté por fin en mis manos, y seguramente no habría sucedido así de no ser porque una extraordinaria coincidencia hizo que me topara con Frank en Madrid. Incluso me lo encontré en el mismo hotel donde él había escrito esa carta a Vera en mayo. Nuestro encuentro tuvo lugar en el Hotel Palace en el mes de noviembre de 1998.

En la carta a Vera, Frank describe varios episodios que los dos vivimos en aquella isla de Fidji. Se centraba, lógicamente, en Ana y José, pero también hacía referencia a un par de conversaciones que él y yo mantuvimos a solas.

Ya que he decidido sacar a la luz esa larga carta, podría ser tentador interrumpir el relato de Frank con comentarios adicionales por mi parte. No obstante, he optado por presentar la carta a Vera en su totalidad y añadir un amplio epílogo.

Naturalmente estoy muy contento de poseer esta epístola, sobre todo porque me ha permitido estudiar las 52 máximas del manifiesto. Me permitiré precisar que no me he apoderado de una carta personal. En absoluto es el caso. Pero sobre esta cuestión también volveré en el epílogo.

Faltan apenas unos meses para entrar en el siglo XXI. Me parece que el tiempo pasa demasiado deprisa. Me parece que el tiempo pasa cada vez más deprisa.

Desde que era pequeño –y no hace mucho tiempo de eso– sabía que tendría 67 años si llegaba a vivir el cambio de milenio. Siempre me ha resultado un pensamiento fascinante y aterrador a la vez. Tuve que despedirme de Sheila en este siglo. Sólo llegó a cumplir 59 años.

Tal vez vuelva a visitar la isla de la línea de cambio de fecha antes del cambio de siglo. Estoy pensando en encerrar la carta a Vera en una cápsula del tiempo, para que permanezca sellada dentro de ella durante mil años. Puede ser que no haya que publicarla hasta entonces, y lo mismo se puede decir del manifiesto. Mil años no son nada, al menos comparados con los enormes períodos de tiempo trazados por el manifiesto. Y sin embargo, mil años son más que suficiente para que se haya borrado gran parte de las huellas de los que ahora vivimos en la Tierra, y la historia sobre Ana María Maya parecerá, en el mejor de los casos, una saga de un lejano pasado.

Ya soy lo bastante mayor como para que no me importe cuándo salga a la luz lo que quiero contar. Lo más importante es que se diga antes o después, y tampoco es necesario que lo diga yo. Tal vez por eso he empezado a jugar con la idea de una cápsula del tiempo. Espero que dentro de mil años haya un poco menos de ruido en el mundo.

Después de haber releído una vez más la carta a Vera, me siento por fin capaz de organizar la ropa de Sheila. Ya ha llegado el momento. Mañana por la mañana vendrán unas personas del Ejército de Salvación a recoger todo. También se llevarán los vestidos viejos, aunque no creo

que los puedan vender. Es una sensación parecida a la de quitar un nido de golondrinas en el que no hay pájaros desde hace muchos años.

Pronto me habré acostumbrado a la vida de viudo. También es una forma de existir. Al mirar la gran foto en color de Sheila ya no me estremezco tanto como antes.

A pesar de toda esa retrospectiva que ha llenado mi vida en los últimos tiempos, puede parecer una paradoja el que ni siquiera ahora habría vacilado en tomar la bebida mágica de Vera. Lo habría hecho sin pestañear, incluso sin estar seguro de encontrar a una persona a quien poder dar la otra mitad. Para Sheila es demasiado tarde. Ella no recibió mucho más que quimioterapia durante el último año de vida.

Mañana tengo ya una cita. He invitado a Chris Batt a comer. Chris es el bibliotecario jefe de la nueva biblioteca de aquí en Croydon. Yo soy uno de sus visitantes más asiduos. Me parece un gran honor para este barrio el contar con una moderna biblioteca, con escaleras mecánicas entre las plantas. Chris es un hombre muy activo. No creo que él hubiera encendido aquel mechero en el bar de Maravu. Tampoco habría sentido asco al ver todos aquellos sapos.

He decidido preguntar a Chris si cree que el prólogo de un libro debe escribirse antes o después de haber escrito el libro. Mi teoría es que el prólogo se escriba al final de todo el proceso. Eso concordaría con otra cosa en la que me he fijado, sobre todo después de haber leído la carta de Frank.

Transcurrirían cientos de millones de años desde que los primeros anfibios salieran a la tierra, hasta que un ser vivo de este planeta fuera capaz de describir lo que sucedió

entonces. Hoy por fin podemos escribir el prólogo de la historia de la humanidad, es decir, muchísimo tiempo después de que la historia en sí haya acabado. De esa manera la esencia de las cosas se muerde la cola. Tal vez esto sea válido para todos los procesos de creación, incluidos los de las composiciones musicales. Me imagino que lo último que se compone en una sinfonía es el compás inicial de la misma. Voy a preguntar a Chris qué opina él de esto. Tiene mucho sentido del humor y también creo que es un hombre sabio. Dudo que Chris Batt sea capaz de mencionar ni siquiera una opereta en la que la obertura haya sido compuesta antes de que la opereta hubiera estado terminada en su versión última y final. Sólo se tiene una visión global de una sucesión de hechos cuando éstos dejan de tener utilidad. El que pretenda entender el destino tiene que sobrevivir a él.

No sé si Chris Batt sabe mucho de astronomía, pero le preguntaré qué le parece el siguiente breve resumen de la historia de este universo:

El aplauso a la gran explosión no llegó hasta quince mil millones de años después de que hiciera explosión.

A continuación se reproduce la carta a Vera en su totalidad.

Croydon, junio de 1999
John Spooke

La carta a Vera

Querida Vera:

Ya han pasado algunas semanas desde que nos vimos, y teniendo en cuenta lo que ocurrió la última noche, tal vez te parezca que ya es hora de que sepas algo de mí. Lo que sucede es que he tenido que esperar a tener todos los cabos atados.

Como sabes, me quedé en Salamanca después del congreso porque estaba seguro, completamente seguro, de que eran ellos a los que había visto bajo el puente que cruza el Tormes. Creías que bromeaba, pensabas que estaba contando cuentos con el fin de entretenerte antes de que volviéramos al hotel. Pero eran Ana y José a los que había visto, y no podía abandonar la ciudad sin tomarme uno o dos días para intentar volverlos a encontrar. Ya a la mañana siguiente me topé con ellos en la Plaza Mayor, pero no voy a adelantar acontecimientos, he previsto exponértelo todo por orden cronológico.

A José lo encontré unos diez días más tarde en el Museo del Prado, en Madrid, y parecía como si me estuviese buscando por las enormes salas. Al día siguiente, es decir, esta misma mañana, volvimos a encontrarnos. Yo estaba sentado en el parque del Retiro repasando

mentalmente todo lo que me había contado, aunque faltaba todavía alguna pieza del puzzle, cuando de pronto apareció ante mí –como si alguien le hubiera avisado de mis paseos diarios–, se sentó a mi lado y permanecimos varias horas en el banco, hasta que lo acompañé atravesando el parque hasta la estación de Atocha. Justo al echar a correr para alcanzar el tren, me dio un montón de fotos, y de vuelta en el hotel descubrí que había algo escrito en el dorso de cada una de ellas. ¡Era el manifiesto, Vera! Tenía todo el solitario en mis manos.

Debido a lo que José me contó en el parque del Retiro, y, sobre todo, a lo que me puso en la mano al desaparecer tan apresuradamente, no puedo abandonar esta ciudad sin antes enviarte toda la historia. Son las dos de la tarde, y sé que no voy a poder dormir mucho esta noche. Me sirven café y algo de comer en la habitación, y no tengo otro plan que enviarte esta epístola antes de hacer el equipaje y marcharme a Sevilla el viernes por la mañana.

Me preocupa un poco el que tal vez no vayas a conectarte a la red hasta más tarde, pues me tienta el poder ir enviando este informe por partes. Pero has de recibirlo todo a la vez, todo o nada. Se me ha ocurrido que podría enviarte un correo electrónico diciendo que mañana, en el transcurso de la mañana, te llegará un envío. Pero no sé si deseas seguir teniendo noticias mías. Además, tendré que esforzarme bastante para que creas en esta historia, y, como sabes, aún no la he escrito.

Fui metido en esta telaraña en Fidji, y ya no me acuerdo de lo que te conté, pues nos vimos sólo unos días, y creo que a los dos nos pareció lo más adecuado mantener cierta distancia, por razones de decoro. Recuerdo que

cuando me pareció haber visto a esa extraña pareja en Fidi, todo empezó a moverse como un alud, pero soy incapaz de recordar lo que te dije o no, porque me interrumpías constantemente con tus carcajadas, ya que pensabas que todo era un invento mío, que estaba improvisando, como una especie de espectáculo nocturno, sólo con el fin de retenerte a mi lado junto al río.

Te preguntarás qué tienen que ver conmigo Ana y José, o con nosotros, si quieres. He de recordarte una postal que en una ocasión me enviaste desde Barcelona. «¿Qué podemos hacer tú y yo para aceptar que la vida sea tan breve?», escribiste. Ahora soy yo el que hago esa pregunta, pero para contestarla, tengo que hablar primero de Ana y José. Para comprender el alcance de mi cometido tendrás, incluso, que retroceder conmigo algo más en el tiempo, tal vez hasta el devónico, período en el que aparecieron en escena los primeros anfibios. En mi opinión, es ahí donde empieza esta historia.

Independientemente de lo que ocurra con nosotros dos, te pediré un favor. Pero, ahora, ponte cómoda y lee, ¡lee!

El que mira el último, mira mejor

La última etapa de la expedición de dos meses por el Pacífico era Taveuni, una de las islas Fidji. Mi misión consistía en estudiar cómo han intervenido en el equilibrio ecológico las especies vegetales y animales importadas. Se trata de polizones como ratas y ratones, insectos y lagartijas, así como de una importación más o menos planificada de especies como el opossum y el mungo, con el fin de tener en jaque a otras especies, sobre todo a alimañas relacionadas con nuevas formas de agricultura. Un tercer grupo lo constituyen animales domésticos extraviados, como gatos, cabras, cerdos, por no olvidar descuidadas despensas de carne –o presas de fácil acceso– representadas por animales herbívoros, como conejos y corzos. En lo que se refiere a plantas, tanto decorativas como alimenticias, la lista de las especies importadas es tan larga y, además, varía tanto de isla a isla, que no merece la pena mencionar nombres.

La parte sur del Pacífico es un paraíso para realizar esta clase de estudios, pues estas islas aisladas mantenían cada una, hasta hace muy poco, su antiquísimo equilibrio ecológico con una rica variedad de especies vegetales y animales endémicas. Hoy en día, en proporción a su

superficie y a su número de habitantes, Oceanía tiene el mayor porcentaje de especies animales en peligro de extinción. Este hecho no se debe únicamente a la importación de nuevas especies, sino también a la deforestación y explotación imprudente de plantaciones, que han causado una fatal erosión de la tierra, lo que en última instancia ha arruinado los hábitats tradicionales.

Varias de las islas que visité no habían estado prácticamente en contacto con la cultura europea hasta hace poco más de cien años. Nos encontramos ante la última gran ola de colonización europea. Es obvio que cada isla, cada nuevo asentamiento y cada pequeño puerto tienen su propia historia. No obstante, las consecuencias ecológicas han tenido el mismo triste denominador común: los polizones de los barcos –ratas, ratones e insectos– fueron como una plaga ecológica que llegó con las primeras naves. Con el fin de subsanar los efectos dañinos de estas especies importadas, se procedía enseguida a importar una nueva especie, como por ejemplo sapos, para mantener a raya a ciertos insectos, sobre todo en las plantaciones de azúcar, o bien se importaban felinos con el fin de combatir las ratas. Estas especies se convertirían más tarde en una peste aún peor de lo que habían sido las ratas y los insectos, por lo que se procedió a importar una nueva especie de animales de presa, que a su vez tendría la función de mantener a raya a los sapos, serpientes y ratas. Estos animales se convertían luego en una catástrofe ecológica para, entre otras, muchas especies de pájaros, pero también para muchos de los reptiles autóctonos, lo que traía consigo la necesidad de una especie de animal de presa aún mayor, y así sucesivamente, Vera. Hoy en día

se tiene más fe en venenos, virus y distintas formas de infertilizar; en otras palabras, en la guerra química y biológica. Pero no se compone una nueva cadena trófica en un abrir y cerrar de ojos, incluso puede uno llegar a preguntarse si es factible. Por otra parte, es terrible comprobar lo fácil que resulta acabar con el equilibrio ecológico construido por la naturaleza durante muchos millones de años. Pero la insensatez del mundo ya no conoce límites ni fronteras. Estoy pensando en esa arrogante insensatez de los listos, una especie de miopía del ingenio, tan maravillosamente subdesarrollada entre aborígenes, maoríes y melanesios antes de que se convirtieran en aprendices del hombre blanco. Pienso en la insensatez de la codicia y del lucro. Hoy en día se emplean eufemismos tales como «globalización» y «acuerdos comerciales». Esto implica que la comida ya no se define como un alimento, sino como una mercancía. Allí donde antaño la gente podía comer de lo que cosechaba en sus campos, hoy se cultiva cada vez más productos inútiles a los que sólo pueden acceder los países más ricos del mundo. Ya no vivimos de la naturaleza. Se acabó el tiempo de los paraísos.

Por lo demás, conoces de sobra mi viejo interés por los reptiles. Fue una fascinación pueril por la vida en este planeta hace cien o doscientos millones de años la que me convirtió en biólogo, y mucho antes de la moda de los dinosaurios que surgió hace unos diez o quince años. Quería comprender por qué todos esos reptiles altamente especializados se extinguieron de repente. Además me obsesionaba una pregunta que desde entonces nunca me ha abandonado: ¿qué habría sucedido si los dinosaurios no se hubieran extinguido? ¿Qué habría pasado en ese caso

con todos esos mamíferos parecidos a los musgaños, de los que tú y yo descendemos? Pero sobre todo: ¿qué habría sucedido con los dinosaurios?

En Oceanía tuve la oportunidad de estudiar varias antiguas especies de reptiles. Algo muy especial fue el arcaico tuátara, que se encuentra en algunas islas aisladas de Nueva Zelanda. Aun arriesgándome a que te ofendas un poco, me atrevo a confesar que tuve un sentimiento casi religioso al contemplar a uno de los vertebrados vivos más antiguos desenvolverse en los restos de los viejos bosques del antiguo continente Gondwana. Estos reptiles de avanzada edad viven en madrigueras subterráneas, a menudo compartidas con algún petrel. Pueden medir hasta 70 centímetros de largo, tienen una temperatura corporal singularmente baja –nueve grados–, y pueden vivir más de cien años. Cuando los ves por la noche es como retroceder al jurásico, a la época en que Laurasia se separó de Gondwana, y los grandes dinosaurios apenas habían comenzado a desarrollarse. Fue cuando los rincocéfalos se distinguían de las demás familias de saurios como una familia de reptiles poco numerosa pero sumamente resistente. Su único representante vivo, el tuátara, se ha conservado espectacularmente inalterado durante unos doscientos millones de años.

Tengo que tomar aliento, Vera. El tuátara no es un hecho menos notable que si de repente se encontrara un *archaeopteryx* vivo y coleando en una de estas aisladas islas. Por cierto, algo así ocurrió al este de Suráfrica el 22 de diciembre de 1938, cuando un barco pesquero atrapó en sus redes un crosopterigio, el llamado latimeria. El grupo de peces con aletas en forma de ramillete, tan importante para

la evolución, simplemente porque de ellos descendemos tú y yo y todos los demás vertebrados terrestres, sólo estaba documentado mediante hallazgos de fósiles hasta las Navidades de 1938, y se creía que se habían extinguido hace casi cien millones de años. Tanto el pez azul como el tuátara merecen la denominación de «fósiles vivientes», y tal vez debo añadir un «por ahora». No hace tantos años que el tuátara se hallaba extendido por amplias zonas de Nueva Zelanda.

Nunca me ha parecido muy estimulante tener que contentarme con la descripción de una especie animal dada por un colega. El interés siempre se ha centrado en el origen de la especie, su evolución y taxonomía, y no se ha tenido acceso a mucho más material que a los fósiles. Lo más espectacular en el campo de los fósiles durante los últimos cien años es sin duda el hallazgo de los dinosaurios con plumas. ¡Casi podría decirse que los pájaros *son* dinosaurios!

Como ves, no estoy diciendo que no me interesen los viejos huesos y fósiles. No obstante, en lo que atañe a las especies vivas, prefiero llevar a cabo mis propios estudios de campo antes de sacar provecho, más adelante, de las monografías de otros científicos, y profundizar en un análisis más sistemático. En cuanto al tuátara, y una serie de especies endémicas de cierta edad, es precisamente el propio biótomo el que se ha conservado tan asombrosamente intacto durante muchos millones de años. Confieso que cuando volaba de isla en isla por encima de los arrecifes coralinos de color turquesa a veces me sentía como un Darwin moderno.

En Fidji me dediqué especialmente a estudiar al raro camiguana, que sólo se encuentra en algunas islas Fidji

y que no fue descrito hasta 1979 (por John Gibbons). Hay dos especies de iguanas en Fidji, lo cual es en sí notable ya que no hay iguanas en otros lugares de Asia, sólo en Fidji, y, en lo que se refiere a una de las dos, también en Tonga. ¡Antes se había dicho que estos animales habrían llegado milagrosamente de Sudamérica sobre restos flotantes de plantas! Es una posibilidad, porque puede ser que no sólo los primates sean capaces de pasar de un continente a otro en troncos de balsa y cosas semejantes. El profesor Peter Newell, de la Universidad del Pacífico Sur, ha reseñado, no obstante, que las iguanas de Fidji pueden tener una historia geológica mucho más antigua de lo que se supuso inicialmente. Escribe: «Recientes descubrimientos de subfósiles de cocodrilos –que pueden nadar miles de kilómetros– indicarían que las iguanas llevan aquí mucho más de lo que en un principio suponíamos. Se consideran reliquias de Gondwana, de cuando Fidji, con otros países como Nueva Zelanda, Australia y la India, formaba parte de esa gran plataforma continental que después se fragmentó». Las iguanas se encontraban también en Madagascar, que hace más de ciento cincuenta millones de años formaba parte de Gondwana.

No te voy a cansar con mis estudios. Ya tendrás oportunidad de conocerlos cuando el informe se publique, alrededor del cambio de milenio. Pero prométeme que sólo lo leerás si te interesa.

Volví a casa desde Auckland. La Air New Zealand tiene un par de veces a la semana un cómodo vuelo a Los Ángeles con escalas en Nadi y Honolulu y conexión con

Frankfurt. Como en casa no me esperaba nadie, decidí tomarme un par de días de descanso en Fidji, por un lado, con el fin de digerir todas las impresiones encontrándome aún en el archipiélago tropical, y por otro, para descansar y estirar un poco las piernas antes de emprender el largo viaje de regreso a casa. Ya había pasado una semana en Fidji al llegar a Oceanía a principios de noviembre, pero no me había dado tiempo a visitar la verdadera joya de las islas. Me refiero a Taveuni, a la que llaman «the Garden Island of Fiji», porque ofrece una frondosidad inigualable, a la vez que sigue manteniéndose relativamente intacta.

Aquella mañana, el vuelo de Sunflower Airlines de Nadi a Taveuni estaba completo; mi equipaje salió en ese vuelo, y a cuatro pasajeros más y a mí nos metieron en algo que llamaban «el avión caja de cerillas». Te aseguro que el nombre era muy adecuado. Entramos casi a gatas en una avioneta con seis asientos, y nos dio la bienvenida un piloto de pelo blanco que nos informó con una amplia sonrisa de que lamentablemente no se serviría nada durante el vuelo y de que prohibía los paseos innecesarios por el pasillo. Así consiguió transmitir a los pasajeros un ambiente adecuadamente macabro, y el hecho de que le faltaran dos dedos en la mano con la que nos saludó, no hizo sino reforzar esta impresión. El «pasillo central medía aproximadamente unos 15 centímetros de ancho, y nadie a bordo habría podido ni pensar en comer porque, en cuanto la avioneta despegó, empezó a dar tumbos de un lado para otro debido a los fuertes vientos, mientras el motor se esforzaba a tope para conseguir sobrevolar la alta montaña Tomaniivi, la isla Viti Levu.

El hombre de pelo blanco era probablemente un piloto jubilado que se había ido a vivir a las islas Fidji, simplemente porque no quería despedirse de la palanca de mando ni del altímetro, y se contentó con una desgastada avioneta con el parabrisas agrietado y un par de instrumentos que no funcionaban, al menos temporalmente. Tal vez la avioneta fuera suya. No habría sido una adquisición muy costosa. Pero era un hombre afable, yo iba sentado con las rodillas empujando su espalda, y él se volvía constantemente hacia nosotros, nos preguntó sonriente de dónde veníamos cada uno, y nos iba mostrando en el mapa dónde nos encontrábamos en cada momento, señalando con entusiasmo los arrecifes coralinos mientras hablaba por los codos.

Como seguramente habrás adivinado, yo iba con el corazón en vilo. Estaba habituado a las avionetas, porque durante las últimas semanas apenas había hecho otra cosa que desplazarme de una isla a otra, pero confieso que me sentía bastante a disgusto en una avioneta que sólo llevaba un piloto. Puedes objetar y decir que ese sentimiento es irracional, que se trata de una especie de idiosincrasia, bueno, en mi interior te oigo decir exactamente eso, porque también un turismo es conducido por una sola persona, añades, y ocurren más accidentes mortales en la carretera que en el aire. Es posible, pero no se puede tachar de irracional el hecho de sufrir una repentina indisposición a una altura de cinco mil pies, cuando la víctima de la misma es un piloto de sesenta y muchos años. Un desmayo en el calor del trópico no es en absoluto improbable, todo lo contrario, es muy humano, y son cosas que pasan.

Después de haber viajado tanto, no me temía un fallo técnico, sino más bien lo contrario, me temía un fallo

orgánico. Tenía la vertiginosa sensación de no ser más que un ser humano, un vertebrado carnoso que por el momento estaba atado al asiento de una avioneta, y que lo mismo regía para ese tipo que estaba sentado tan ufano junto a la palanca delante de mí. Además, me llevaba treinta años. Un reflejo irrefutable de ese sentimiento era un pulso como si acabara de correr un maratón, y pensé que si yo tenía doscientas pulsaciones por minuto, ¿cómo estaría entonces el piloto, y cómo tendría el colesterol y las arterias coronarias? No conocía a ese amable señor, no le había hecho un examen médico, y tampoco había averiguado lo que había comido y bebido durante el día, y mucho menos en qué bar habría estado tal vez hasta el amanecer. Aún más preocupante me parecía no tener ni idea del interior existencial de ese piloto de avanzada edad. Tal vez creyera en la vida eterna, un juego de azar que debería estar prohibido para ese grupo de profesionales, es decir para pilotos que vuelan sin copilotos y con pasajeros de los que pagan por su billete, aunque de éstos no hay muchos. Quizá lo había abandonado recientemente una mujer. O podría tener indicios de que más tarde ese mismo día se vería forzado a confesar una grave malversación de fondos. No disfruté ni de la montaña Tomaniivi, ni de los delfines, ni de los arrecifes coralinos. Había una distancia horrible hasta abajo, estaba encerrado y no podía salir ni escapar. Echaba de menos mi botella de ginebra, y no me habría dado vergüenza haber dado un trago si la hubiera tenido conmigo. Lo terrible era que ese sedante se encontraba en mi maleta, la cual volaba en el vuelo regular.

Esto no se trata del «miedo a volar», Vera, y has de saber que este relato no pretende ser un relato de viajes,

sólo intento decir algo sobre mi sentimiento vital. En cierta manera lo llevo siempre conmigo, pero no suele emerger a la superficie excepto en dos situaciones: cuando me despierto por la mañana y cuando alguna que otra vez estoy borracho. *In vino veritas*, se dice, y no me importa afirmar que la embriaguez puede ir acompañada de un estado de ánimo más desnudo, más expuesto y, en realidad, mucho más sincero que esa presencia mental diaria más velada, al menos cuando se trata de las grandes cuestiones, como es el caso aquí y ahora. A ese estado mental llegué ahora de un modo más abrupto, más despejado y más inmediato al haber delegado la responsabilidad de mi ser o no ser en un piloto jubilado en una avioneta caja de cerillas con el parabrisas roto y los instrumentos estropeados. La única diferencia era que tenía los sentidos aún más agudizados que en las dos situaciones mencionadas, ya que no estaba medio dormido y tampoco las sinapsis del cerebro estaban anestesiadas por el alcohol.

De hecho, era la primera vez que despegaba en una avioneta pilotada por un hombre de avanzada edad con tres dedos enteros y dos medios dedos en la palanca, pero hasta entonces me había despertado cada día, y no de muy tarde en tarde bebía para elevarme a ese estado de ánimo más verdadero y más noble y, en el fondo, más sobrio. Por lo tanto, siento la necesidad de profundizar un poco más en lo que pensé y viví allí arriba entre las nubes durante esos cinco cuartos de hora entre Nadi y Taveuni. Además, resulta muy conveniente ahora, a punto de enfocar mi encuentro con Ana y José, sin olvidar a Gordon, a quien creo que no he mencionado todavía, a pesar de que mis conversaciones con él supondrían una parte importante de mi estancia en la isla.

Hay algo de lo que siempre me resisto a hablar contigo a fondo, aunque supongo que habré tocado el tema por encima un par de veces. Me refiero a esa vivencia de mi infancia, cerca de mi casa en la provincia de Vestfold. Tendría unos siete u ocho años, al menos fue antes de los ocho, porque entonces me trasladé con mi familia a Madrid, donde vivimos durante cuatro años. Recuerdo que iba corriendo por un sendero a través del bosque con los bolsillos llenos de avellanas que había encontrado y que quería enseñar a mi madre lo antes posible. De repente, sobre el húmedo suelo del bosque, cubierto en parte por las hojas de otoño, descubrí un pequeño corzo tumbado. Lo de las hojas se me quedó grabado, porque recuerdo que también había algunas sobre el pequeño animal. Pensé que estaba dormido, y me acerqué a él, no sé si para acariciarlo o para quitarle todas esas hojas amarillas y rojas, y el animalito no estaba dormido, estaba muerto.

El que el pequeño corzo estuviera muerto, o más bien, el que fuera yo quien lo había descubierto, me parecía vergonzoso, algo que jamás podría contar a mis padres, ni siquiera a mis abuelos. Si ese animalito podía estar tirado muerto en el suelo del bosque, igual podría ser yo el que la próxima vez cayera muerto, y ese descubrimiento, que en sí es más que evidente, pero contra el cual casi todos los niños están protegidos de modo natural, ese descubrimiento, digo, está dentro de mi cuerpo desde entonces casi como una sensación física. Siempre me he identificado profundamente con las penas del alma y con el auxilio espiritual o psiquiátrico, porque lo que convirtió el episodio en un trauma fue, claro está, la autoimpuesta ocultación del mismo. Si hubiera ido llorando

a casa a contárselo a mi madre, estoy seguro de que habría recibido la ayuda necesaria para superar esa mala vivencia, pero era algo que no se podía contar a nadie, porque era demasiado humillante e ignominioso. En un instante de clarividencia entendí que también yo era un ser vivo de carne y hueso, es decir, un animal que tenía mi tiempo en la tierra y que un día ya no estaría aquí.

No voy a negar que el encuentro con el corzo muerto fue decisivo para mi gran interés por la naturaleza. La perspectiva que se abrió ante mí en el bosque influyó sobre la dirección que han tomado mis estudios. Siempre me ha atraído la contemplación de los períodos de tiempo realmente largos, por eso ya sabía del Big Bang y de las enormes distancias en el espacio cuando era un doceañero ávido de conocimientos. Con una comprensión cada vez mayor, siempre ha formado parte de mi identidad el saber que el planeta sobre el que vivo tiene cerca de cinco mil millones de años y que el universo es tres o cuatro veces más antiguo.

Siempre me ha parecido terrible pensar que en cualquier momento puedo desaparecer, que sólo me toca esta vez y que nunca voy a volver. De modo que en cierto modo me he reconciliado con esa idea, situándome a mí y a mi breve vida dentro de un contexto mayor. Me he entrenado para aceptar que sólo soy una ínfima pieza de la gran aventura de la vida, un fugaz jirón de algo que es aún mayor y más poderoso que yo. De esa manera he intentado ampliar mi identidad, mi propio yo, siempre a costa del pequeño yo, ese yo que en cualquier momento puede tener el mismo destino que el pequeño corzo, ese unglado muerto que me pesa en algún lugar del subconsciente y nunca se

levanta ni se mueve. Me he entrenado y me entreno continuamente, aunque no puedo presumir de haber hecho grandes avances. Sigue ocurriéndome todas las mañanas que sólo yo soy yo, y que sólo estoy aquí ahora, que sólo ahora somos tú y yo los que llevamos dentro la conciencia que este universo tiene de sí mismo.

El contemplar tu vida bajo el aspecto de lo eterno tal vez pueda considerarse un respetable logro moral o intelectual, pero no te proporciona necesariamente paz y tranquilidad mental. No es un consuelo el que yo –un primate monstruosamente autosuficiente– sea capaz de llevar en mi memoria todo el pasado de este universo, desde el Big Bang hasta Bill Clinton y Monica Lewinsky, por mencionar sólo dos de los primates más famosos de nuestra época. No proporciona ninguna paz espiritual el abrazar períodos de tiempo cada vez más largos, debo confesar que más bien todo lo contrario, ha empeorado las cosas, y tal vez debería haber acudido a un cirujano del alma para que me quitase ese animal muerto de mi subconsciente infectado. Ahora es demasiado tarde, creo.

Dicho esto, podemos volver a la estrecha cabina del avión, donde no sólo se trataba de una de esas fugaces clarividencias matutinas durante las cuales mis células nerviosas me dicen que soy un vertebrado demasiado racional, condenado a enfrentarme de vez en cuando a que sólo me quedan unos años de vida. Ahora se trata de cinco cuartos de hora de intenso repaso de las mismas perspectivas, y ahora la situación era extrema, porque podría tratarse de los segundos previos a que mi vida en la tierra llegara a su fin. El primate que llevaba la palanca se giró con frivolidad y desplegó con sus dedos incompletos un

gran mapa que colocó en el regazo de un primate hembra de Australia, sentada a mi derecha, que se había presentado como Laura. No me gustaba nada el cariz relajado y casi lascivo que estaba tomando la situación, aunque no quiero que se me intreprete como si me sintiera en mala compañía con los demás pasajeros, al contrario, yo amaba a todos, y podría haber apoyado mi cabeza en el regazo de cada uno de ellos con el fin de solicitar consuelo y protección. Me sentía como una miserable lagartija, como un asustadizo animal terrestre que debería haberse quedado en tierra, una convicción que a su vez estaba relacionada con el hecho de que el avión estuviera pilotado por un viejo, engreído y además arrogante descendiente de una lagartija. Dado que estás leyendo estas líneas y además me viste en Salamanca unos meses más tarde de aquello, habrás comprendido que la avioneta aterrizó por fin con buen pie. La precariedad de ese vuelo fue lo que provocó en mí una sensación ineludible de no ser nada más que un frágil vertebrado en el cenit de la vida, y esa sensación no se borró en los días siguientes.

El aeropuerto de Taveuni se llama Matei y parece diseñado a propósito para ese tipo de cajas de cerillas. La pista de aterrizaje era una franja estrecha de hierba en una alameda de cocoteros inclinados por el viento y el edificio del aeropuerto parecía una estación de autobuses, con un par de bancos pintados en azul bajo un tejado, y un minúsculo quiosco, regentado por la encantadora Margaret Peterson. Ese día también estaba allí Audrey Brown, con su bollería recién hecha en una cesta trenzada de hojas de palmera. No había tenido tiempo para desayunar y además tuve que esperar una hora a que llegara mi equipaje en el

avión regular, que había hecho escala en otra de las islas, de modo que me dejé servir por las dos señoras. A la vez que el vuelo regular, llegó el coche de Maravu Plantation Resort donde me iba alojar durante tres días.

No voy a abandonar mi propósito de contártelo todo por orden cronológico. Si intento dibujarte con unas pinceladas una imagen de «the Garden Island», no es por dar rodeos, sino únicamente para situar a Ana y José en un contexto geográfico del que serán siempre inseparables en mi memoria.

En cuanto a la denominación «the Garden Island», igual podría haberse llamado «the last Paradise». Habría sido preferible por razones prácticas, porque en ese caso «last» se podría sustituir fácilmente por «lost» dentro de unas décadas. Te aseguro que muchos visitantes no se fijarían en ese pequeño cambio de vocal.

Nuestra estirpe siente una extraña atracción por «lo último» o «lo perdido». El valor que se otorga a vivir algo que podrá ser aprovechado por generaciones venideras, no es nada en comparación con el valor de haber visto algo que más tarde se derrumbará. El que mira el último, mira mejor. De la misma manera, es bastante común que entre los familiares se disputen el honor de haber sido el último en hablar con el fallecido.

Conforme el planeta se vaya haciendo más pequeño y la industria turística tenga cada vez más nuevos espacios y subespacios, auguro al turismo necrológico un fantástico futuro: «¡Vea el extinguido lago Baikal!», «Falta poco para que las Maldivas estén bajo el agua» o: «¡Tú podrás ser el último en ver un tigre vivo!». Los ejemplos serán innumerables, porque cada vez habrá menos paraísos, pues

se ensucian y se reducen, pero esto no frenará el turismo, más bien lo contrario.

Existen varias razones por las que Taveuni hasta ahora ha salido mejor parada de su encuentro con el mundo occidental que muchas otras islas que he visitado. Sobre todo, el paisaje accidentado de esta isla volcánica impone sus limitaciones tanto al turismo como a la explotación de plantaciones. También las playas de lava negra marcan ciertos límites al turismo, aunque en la parte noreste de la isla hay varias playas con arena coralina blanca. Pero en ellas existe el problema de las frecuentes precipitaciones. Fue precisamente esta combinación de tierra volcánica y abundantes lluvias lo que a mediados del siglo pasado animó a colonos europeos a iniciar la explotación de algunas plantaciones. Al principio predominaba la producción de algodón de calidad, y cuando los precios de éste comenzaron a bajar vertiginosamente, las plantaciones de azúcar en la parte sur de la isla fueron adquiriendo cierta importancia. Hoy en día el coco es el producto más importante, aparte de un turismo en constante crecimiento. Con turismo me refiero al llamado ecoturismo, porque aquí no hay nada más con que entretenerse que con el disfrute de la frondosa naturaleza. No hay centros comerciales, ni vida nocturna, ni modernos complejos hoteleros de cuatro plantas; la isla carece de televisión, y la electricidad escasea.

Estos dos últimos factores han contribuido a mantener viva la tradición del cuentacuentos. Cuando cae la noche, sobre las seis de la tarde, la palabra viva adquiere el protagonismo. Tal vez una persona haya estado de pesca, tal vez otra haya tenido una vivencia en los profundos

bosques, una tercera puede haberse topado con un norteamericano perdido en la desembocadura de algún río; todos tienen algo que contar. También se mantiene viva una antigua tradición de mitos y leyendas, porque en Taveuni no hay otra diversión que la que uno mismo se crea. Allí llegan buceadores de todo el mundo para conocer los corales y los peces en un verdadero espectáculo de colores. La isla ofrece todavía una gran variedad de las aves más exóticas del mundo, raras especies de murciélagos, excursiones a bosques y montañas, y, naturalmente, baños tanto en las playas como bajo las exuberantes cataratas.

En lo que se refiere a la gran variedad de aves, que abarca más de cien especies, de las cuales muchas son autóctonas –como la famosa paloma de pecho color naranja–, ha sido decisivo el hecho de que el mungo indio jamás fuera llevado a la isla. Por otra parte, se importaron urracas y sapos con el fin de controlar los insectos en las plantaciones de coco. Las urracas han ocupado espacio, claro, y los sapos han desplazado a las ranas originales hacia el interior de los bosques, pero la enorme riqueza ornitológica de Taveuni sigue maravillosamente intacta. Lo mismo sucede con el murciélago, incluido el gran murciélago frugívoro, que alcanza una envergadura de hasta metro y medio. También se les llama «zorros voladores», o «beka». El beka hervido es considerado un verdadero manjar por los mayores de la isla.

La flora de Taveuni cuenta con más de mil especies identificadas, de las que una buena parte son endémicas. A lo largo del litoral encontramos tupidas marismas de mangles y cocoteros, mientras una frondosa selva tropical de helechos y un sinfín de especies de árboles autóctonos

constituyen el interior de la isla. Hoy también hay una gran variedad de plantas tropicales, como orquídeas e hibiscos. La flor nacional de Fidji, la *Tagimaucia*, es una especie que sólo existe allí y en la isla vecina de Vanua Levu.

En Taveuni, como en toda esta parte del mundo, la fauna más variada es la que se encuentra bajo el agua. No hace falta ni siquiera tubo para contemplar una pululante vida de peces, equinodermos, moluscos, hongos y corales. Resulta difícil evitar expresiones como «todos los colores del arco iris» al hablar de la vida marítima en el sur del Pacífico. Tuve además la sensación de que muchos de los ejemplares estaban pintados con pinceles especialmente finos.

En los vertebrados terrestres originales de la isla están representadas todas las clases pero, salvo en la enorme variedad de aves, sólo con unas pocas especies. Antes de que se importaran los sapos de Hawai en 1936 para combatir los insectos en las plantaciones de azúcar, las ranas eran los más numerosos representantes de los anfibios. En cuanto a reptiles existían, aparte de la iguana, algunas especies de gecos y serpientes. El reptil más llamativo hoy es el divertido geco doméstico *Hemidactylus frenatus*, aunque no llegó a Fidji hasta la década de los setenta. Los murciélagos, los únicos mamíferos que existían originalmente en la isla, han contado con un ecosistema único para una adaptación excepcionalmente variada. Con los primeros asentamientos humanos hace tres mil quinientos años, debió de llegar la rata polinésica, importada tal vez para servir de alimento.

Los primitivos vertebrados de Taveuni están, pues, representados por peces, ranas, saurios, pájaros, murciélagos

y fidjianos. Estos últimos son en la actualidad unos doce mil individuos. Por lo tanto, la isla puede ofrecer una imagen sumamente simplificada –casi transparente– de la evolución de los vertebrados. Cuando se sabe de antemano, no resulta tan difícil entender cómo los vertebrados de este planeta han evolucionado con pasos claramente definidos de pez a anfibio, de anfibio a reptil y finalmente de reptiles a aves, murciélagos y fidjianos.

¿Has pensado alguna vez en lo corriente que es la anatomía humana desde un punto de vista puramente evolucionista; o mejor dicho, en muchos sentidos lo arcaicos que somos como vertebrados? Sin duda habrás reflexionado sobre la gran semejanza entre el físico de un ser humano y el de saurios y salamandras. Y te habrás dado cuenta de que los elefantes y camellos, por ejemplo, en comparación, aparecen como una especie de frutas exóticas que se han alejado mucho más de su tronco, si por tronco entendemos la matriz primitiva con la columna vertebral, la clavícula y las cuatro extremidades con cinco dedos. La autopista que va desde la vida gorgoteante del devónico hasta la conquista por los humanos de la luna ha sido transitada por anfibios parecidos a las salamandras, por reptiles parecidos a los mamíferos y, en la última fase, por primates. Y también ha habido, naturalmente, una fascinante red de salidas y carreteras laterales.

Oigo en este momento en mi interior tus protestas, me estarás diciendo que soy antropocéntrico, que la evolución no es lineal, y tampoco sistemática, y que se asemeja más a arbustos o coliflores que a líneas o troncos. Y, además, ¿con qué derecho puedo proclamar como representantes más típicos o más importantes a una o dos

especies dentro de una clase entera de animales? Pero no es eso lo que estoy diciendo. Sólo digo que, de alguna manera, me siento más emparentado con una largartija que con un mamífero como el murciélago frugívoro o la ballena azul. Yo no desciendo ni del murciélago ni de la ballena azul, ni tampoco de la jirafa o del orangután, pero lo cierto es que soy un descendiente directo de un crosopterigio, de un anfibio y, en suma, de un reptil parecido a los mamíferos.

La escasa selección de vertebrados de la isla me hizo considerarla como una viva ilustración de la evolución de la vida en la Tierra. Me encontraba en una auténtica sala de exposiciones del darwinismo. En ella pude comprobar la estructura pentadáctila que tienen en común el sapo, el saurio, el murciélago y los fidjianos, cuyos pies y falanges de los dedos, dicho sea de paso, resultan en proporción tan espectaculares como las extremidades de los saurios.

De los fidjianos se puede añadir que, salvo a ratas y murciélagos, no han tenido acceso a más carne que a la de su prójimo. El canibalismo estuvo muy extendido antaño, siendo practicado hasta finales del siglo XIX, aunque un solitario soldado japonés fue devorado por el fidjiano Viliame Lamasalato a finales de la Segunda Guerra Mundial. Esto puede haber contribuido a que la isla se haya mantenido tan intacta en lo que se refiere a la selva tropical y al medio ambiente. El número de habitantes se mantuvo bajo debido a lo que podemos llamar comilonas recíprocas, pero más importante es que el canibalismo haya actuado como una especie de profilaxis ecológica contra las incursiones del hombre blanco. Tanto Abel Tasman (1643) como James Cook (1774) navegaron por delante

de las islas Fidji, pero los rumores sobre los peligros existentes en las «islas caníbales» dieron lugar a que nunca se atrevieran a desembarcar en ellas. Después del motín en el *Bounty* (1789), el hambriento y agotado capitán Bligh y sus oficiales pasaron por delante de varias islas del archipiélago en una barca, pero no se atrevieron ni a robar un coco. En el siglo XIX llegaron por fin los primeros europeos. Se cuenta de unos misioneros que fueron bien recibidos y a los que se les sirvieron comidas realmente señoriales (he elegido con esmero el adjetivo), porque después de haber digerido la comida, los visitantes fueron solemnemente informados de que el primer plato había sido pechuga de mujer, el plato principal, muslo de varón, y el postre, para el cual los fidjianos habían inventado un práctico tenedor de cuatro dientes, masa cerebral. Uno de los misioneros –que irónicamente se apellidaba Baker [Panadero]– se convirtió él mismo en comida de humanos en 1867. Luego llegaron las canoas, las balas y la pólvora, y el resto es historia de colonización. Lo primero que hicieron los europeos al llegar a Fidji fue erradicar los valiosos sándalos. Luego importaron de la India sesenta mil trabajadores para las plantaciones, razón por la cual más de la mitad de la población del archipiélago hoy en día es india. Con la inmigración llegó también una serie de epidemias y enfermedades, primero el cólera, que dejó desiertas varias islas, y en 1890 una tercera parte de la población de Fidji murió de sarampión.

Veo en todo esto una paradoja que me hace reflexionar: la razón por la que el equilibrio ecológico se ha mantenido relativamente intacto en algunas de las islas Fidji es que el hombre blanco no se atrevía a desembarcar

por miedo al canibalismo. Es una paradoja, pero veo con cierta simpatía el que una especie animal en tiempos de penuria sea capaz de comerse a sí misma, en lugar de competir por erradicar el resto de las especies. Acepto que el canibalismo se considere una violación de lo que llamamos «los derechos naturales del hombre», pero la insensatez ecológica del mundo occidental es igualmente una infracción de las obligaciones del hombre. El concepto «derechos naturales» tiene una historia de más de dos mil años, y ahora pregunto: «¿Cuándo estaremos dispuestos a asumir el concepto «obligaciones naturales?»».

Dado que ya he hecho alusión a lo de los dos mil años, señalaré finalmente que existe todavía otra paradoja relacionada con «the Garden Island of Fiji». El destino ha querido que la isla quedara situada en la línea del cambio de fecha, porque da la casualidad de que está situada exactamente a 180° del Royal Observatory de Greenwich. Esto significa que la mitad de la isla pertenece al día de hoy, y la otra al día de ayer. O al revés, claro: una mitad pertenece al día de hoy y la otra al día de mañana. Si lo caracterizo como destino, es porque Taveuni será el primer lugar habitado del mundo que entre en el tercer milenio. Es un hecho que no pasará inadvertido.

No fui el único al que recogió el todoterreno, en el coche había otros dos huéspedes que iban al mismo sitio que yo. Habíamos intercambiado unas palabras en el aeropuerto, mientras esperábamos el equipaje y al coche que nos llevaría el último trecho del viaje. Una de esas personas era Laura, la que había estado flirteando con el piloto de avanzada edad, mostrando un gran interés por los aviones en general, mientras yo –escena tras escena– había estado

hojeando el álbum familiar de este planeta, desde las primeras divisiones celulares en un arcaico precámbrico, hasta mi breve estancia en la Tierra.

Laura venía de Adelaida y era una mujer de buen ver, cerca de la treintena. Con su piel dorada y sus largas trenzas negras parecía una india. Tenía una característica muy especial: uno de sus ojos era verde y el otro marrón. Tal vez hubiera una pequeña hebra marrón en el ojo verde y una brizna verde en el marrón, pero tenía, repito, un ojo verde y otro marrón, una rareza genética que no recordaba haber visto antes. Tomé nota también de un pin del World Wildlife Fund en su preciosa mochila de tela. Laura era lo bastante atractiva y excéntrica para que sintiera cierto deseo de establecer algún contacto, pero ella, por su parte, no se mostró nada interesada en un superficial encuentro de aeropuerto, estaba demasiado ocupada en leer *Lonely Planet*, que trataba sobre la isla a la que acababa de llegar.

El otro pasajero era Bill, creo que también reveló su apellido, pero hace mucho tiempo que lo he olvidado. Tenía cincuenta y tantos años, venía de Monterey, en California, y era obviamente uno de esos jubilados jóvenes de acomodada situación económica, ávidos de nuevas experiencias. Me formé inmediatamente una impresión de él como el típico exponente de una característica muy norteamericana, es decir, ese placer desenfrenado de descubrir el mundo por su cuenta, sin relaciones sociales entorpecedoras como cónyuges, hijos o amigos íntimos. Bill era un muchacho alegre. Recuerdo haber pensado que hay ciertas personas que nunca se hacen adultas, sólo se hacen muy ricas, y –a veces– muy viejas.

El hombre que vino a recogernos era británico y se llamaba John. Era un hombre fuerte, de sesenta y tantos años, medía al menos 1,90, era canoso y tenía patillas blancas. Hasta más tarde, ese día, no supe que no formaba parte del personal fijo de Maravu, sino que se alojaba allí como nosotros. En un momento de crisis se había ofrecido a recorrer los dos kilómetros hasta el aeropuerto para recogernos. Parecía tener un extraño interés por formarse cuanto antes una impresión de los nuevos huéspedes.

Cuando el coche se desvió de la carretera principal y subió la cuesta hasta Maravu Plantation Resort, me sobrecogió la belleza del lugar. Las instalaciones constaban de diez cabañas y un edificio principal esparcidos por una vieja plantación de cocoteros. Las cabañas, o «the bures», como se llaman en las islas, se levantaban sobre una loma con vistas al mar entre tupidos arbustos y ondeantes cocoteros. De esa manera no se podía ver nada de cabaña a cabaña, o al menos de puerta a puerta. El edificio principal estaba construido como las casas de reunión tradicionales de la isla, diáfano, con altos gabletes y tejado de cañas de palmera. En el suelo de tarima se confundían los límites entre la recepción, el bar, el restaurante –que tenía el sonoro nombre de Wananavu– y una gran pista de baile.

Fuimos recibidos en el bar y se nos sirvió un coco artísticamente decorado con flores de hibisco y paja, mientras se llevaban a cabo las formalidades de inscripción en la recepción. Permanecimos unos minutos charlando, mientras todos los empleados del hotel se acercaron a saludarnos, uno por uno. «¡Bula!», decían, «¡bula!». Este saludo indígena se repite tanto en Fidji que casi adquiere el carácter de un mantra, y tiene un significado más flexible

que las palabras correspondientes en otras lenguas. «Bula» sirve para todo, desde «hola», «qué tal» y «buenos días», a «¿cómo estás?», «que te vaya bien» y «adiós».

Todos sabían que yo era «Frank», que Bill era «Bill» y que Laura era «Laura». Era como si en ese lugar no hubieran tenido otra cosa que hacer las últimas semanas que preparar nuestra estancia. La idea era que nos sintiéramos personalidades muy especiales y selectas; habíamos llegado a Maravu precisamente para purificarnos y renacer como individuos. Bill se enteró de que la palabra fidjiana «maravu» significaba «tranquilo y pacífico», y Laura quiso saber dónde podía ver mejor los famosos loros de la isla.

Fui conducido a través del palmeral, pasando por la piscina, hasta la «bure» 3, donde me limité a hacer lo más necesario antes de sentarme en el porche. Contemplé el mar y disfruté con veneración de un recurso natural de los que quedan muy pocos en el mundo. Estoy pensando en el silencio, también erradicado por los hombres.

Me encontraba de nuevo en tierra, pero no puedo decir que hubiese aterrizado, y mucho menos que me hubiese olvidado del viaje en la avioneta, ni siquiera después de haberme asegurado una plaza en el vuelo regular de vuelta a Nadi. Me encontraba en un estado de pánico, un estado anímico del cual –estaba seguro– nunca encontraría la salida. Era como si disfrutara de la alegre embriaguez clarividente del alcohol, a la vez que sabía que esa vez había bebido un vino que ya nunca abandonaría mi cuerpo.

Había oído hablar de médicos que se vuelven hipcondríacos, de escaladores que sufren de vértigo y de curas que pierden la fe. A mí me pasaba otro tanto. Yo era

el paleontólogo aquejado de miedo a los huesos. Era el zoólogo que tenía problemas para aceptar el hecho de que era un animal. Era el biólogo evolutivo al que le costaba entender que su tiempo en la Tierra era limitado. Llevaba toda la vida estudiando los restos de huesos de los vertebrados; con insaciable curiosidad me había lanzado a analizar los vestigios de animales muertos, y ahora yo, precisamente yo, sentía pánico ante el hecho de que también yo un día aportaría mi pequeña parte de esa misma materia con la que me había deleitado en mis análisis. Estaba en quiebra, y no lo viví como una situación compulsiva, sólo como una clarividencia inevitable. Buda había visto a un hombre enfermo, un anciano y un cadáver. Yo de niño me había topado con un corzo muerto en el bosque, y ahora –tras el arriesgado vuelo de Nadi a Mattei– la vieja herida había vuelto a abrirse.

Volví a rebobinar la larga película hasta el origen de la vida en la Tierra hace unos cuatro mil millones de años. Se trataba de mi propia historia, de mis propios antepasados, y con eso no sólo quiero decir que desciendo en línea directa de pequeños reptiles semejantes a los mamíferos que habitaron la Tierra hace doscientos millones de años, y luego de un reptil primitivo, de un anfibio, de un crosopterigio, un animal invertebrado y finalmente de la primerísima célula viva de este planeta. No sólo descendía de formas de vida primarias con orígenes lejanísimos –hasta cuatro mil millones de años atrás– sino que, además, cada célula del cuerpo tenía de hecho genes de esa misma edad. Yo era el último eslabón de una sola e ininterrumpida cadena de divisiones celulares, de procesos químicos más o menos estudiados, y de biología molecular. Se me ocurrió que no era muy diferente

de esos simples organismos unicelulares de los que, al fin y al cabo, descendía. Estrictamente yo no era más que una colonia celular, con la única e importante diferencia de que mis células vivieron en una interacción muy estrecha y más integrada que las células de un cultivo de bacterias, eran más diferenciadas y por ello capaces de una división más radical de responsabilidades. Pero también estaba construido por células individuales en torno a un mínimo común múltiplo, es decir, la clave genética, el propio plan general grabado en cada célula del cuerpo. En sí, la clave del ADN representa la acumulación del frívolo juego de muchos millones de años con ácidos nucleicos. Y, sin embargo, en sentido genético seguía siendo sólo una acumulación monstruosa de células gemelas. Uno de los enigmas más grandes de la biosfera era cómo estos hiperclones fueron capaces de comunicarse entre ellos y, además, de activar y desactivar sus genes según conviniera a la totalidad.

La fuerza motriz de la evolución era el simple hecho de que sólo una pequeña parte de cada generación hubiera sido capaz de crecer y multiplicarse si no, tampoco habría habido selección natural y, sin la selección, tampoco habría tenido lugar ninguna evolución. La piedra angular de la evolución radicaba en una sucesión permanente de muerte de crías y una lucha igual de permanente por la vida. Pero allí estaba yo. En una pequeña isla de Oceanía, como una excepción rarísima de esa regla que dice que no puedes ganar la lotería mil veces seguidas. Yo —o mejor dicho, mi estirpe, mi árbol genealógico, mi propia cadena ininterrumpida de cigotos y divisiones celulares— había sobrevivido durante muchos millones de generaciones. En cada generación me había dado tiempo,

primero a dividirme celularmente, luego a reproducirme, fertilizar o poner huevos y en última instancia a parir crías vivas. Con que uno solo de mis muchos millones de predecesores, por ejemplo, un anfibio cuya existencia transcurrió en el devónico, o un determinado reptil que se deslizaba entre las plantas criptógamas vasculares en el pérmico, con que sólo un individuo se hubiera malogrado antes de la pubertad –como ese pobre corzo en Vestfold– yo no habría estado sentado aquí y ahora en este porche. Y no me digas que alargo demasiado las perspectivas, pues podría haber retrocedido aún más. Si hubiera tenido lugar una sola mutación fatal en la división celular de una determinada bacteria hace dos o tres mil millones de años, yo nunca habría nacido. Pues yo descendía de esa bacteria particular, es decir, exclusivamente de esta determinadísima célula, llamémosla ZIG 31.514.718.120.211.212.091.514 en la colonia de células VASC 251.521.118.512.391.414.518, en el meridiano 180°, algunos grados al norte del Trópico de Capricornio. Yo no había tenido ninguna otra oportunidad, y tampoco tendría otra, yo no. Así había sobrevivido ya muchos miles de veces a los más graves peligros; pero, bueno, mis antecesores siempre se habían salvado, siempre les había dado tiempo a entregar el testigo de la carrera de relevos genética al siguiente, ileso, Vera, siempre ileso, aunque, a determinados intervalos, también con algunos ajustes minúsculos, pero muy adecuados, de la masa genética. Así hubo siempre una nueva etapa, porque aún quedaban muchos millones de etapas hasta que, en contra de todos los pronósticos, por fin me tocara el turno a mí; y sí, hubo una nueva etapa, y otra más, y tal vez también habrá una

nueva generación que crecerá, aunque nos extrañará muchísimo, pero así fue, así fue una y otra y otra vez, porque nadie se dejó atrapar, y el testigo genético de la carrera de relevos había pasado de generación en generación, porque allí estaba yo.

En eso estaba pensando, y en cierta manera fue por culpa de Sunflower Airlines, porque dichas líneas aéreas habían jugado aún más al azar con mi antiquísimo equipaje genético. Pensé que ya estaba preparando esta reflexión matutina cuando los crospterigios Biiisabueeela y Biiisabueeelo –que casualmente eran vecinos– aún se deslizaban por los charcos en el devónico, para no ahogarse por falta de oxígeno. Pero –y he aquí el punto más doloroso– esta carrera de relevos larguísima y sin embargo tan transparente y previsible, había llegado a su fin. El infinito juego de dominó que se había jugado ficha tras ficha sin ni siquiera un segundo de descanso durante más de tres mil millones de años ya había tocado techo. Yo ya había empezado a recoger las fichas.

Me sentí altamente cualificado. ¿Cuántas generaciones había habido desde el primer anfibio? ¿Cuántas divisiones celulares podía anotar en la cuenta desde el primerísimo cigoto? Me sentí incómodamente rico de pasado. Pero no tenía ningún futuro. Luego no sería nada.

Ya ves, en esas cosas pensé, y debo añadir que pensé por los dos, por ti también. Naturalmente también pensé en el hecho de que ya no tenía hijos. Me sobrevino como una bofetada el que hasta aquí yo era la primera generación sin hijos de una sola y larguísima estirpe que contaba cientos de millones de generaciones antes que yo. Porque, como es bien sabido, el no tener hijos no se hereda, es una de las

leyes de la biología evolutiva, es decir que el no tener hijos es una cualidad tan desfavorable que se elimina inmediatamente por sí misma. Sólo los que tienen hijos pueden soñar con tener nietos, y sin nietos nunca serás bisabuelo o bisabuela.

Ahora que todo marchaba tan bien..., pensé. Ahora, cuando justo había estado admirando los viejos tesoros de la familia. En cierta manera era riquísimo, tenía millones de viejos tesoros familiares en el fondo del baúl. Pero me encontraba al final del viaje. Tenía casi cuarenta años, y no vislumbraba un atisbo de una posible descendencia. Me sentía muy solo en el mundo, inmensamente abandonado a mi suerte.